

86: Los Tiempos Finales - La Carrera Perfecta

- 86: Los Tiempos Finales - La Carrera Perfecta

86: Los Tiempos Finales - La Carrera Perfecta

“No lo sé,” dijo Alchemo.

Ryan Romano se encorvó en su silla, el peso de la Armadura Saturno crujía con cada movimiento. Vulcan se sentó a su lado, revisando una computadora portátil con una expresión de ceño fruncido. “Bueno, ¿puedes darme más detalles, oh gran guardián del conocimiento?”

La cabina vibraba como las entrañas de una bestia gigante, mientras Alchemo transfería datos a la computadora de la Armadura Saturno. Ryan observó cómo aparecía una copia de su bioscan en la lente de su casco, sus órganos y huesos en un vibrante color violeta, como una ciruela madura.

Parecía estar en perfecta salud, incluso después de consumir una cantidad inquietante de sustancias euforizantes.

“Según los escáneres, eres un ejemplar de Genoma Violeta monocolor, sin anomalías genéticas de ningún tipo,” explicó Alchemo. “Solo puedes culparte por tu eccentricidad.”

Así que Ryan no era un Psicópata, o al menos no uno convencional. El mensajero consideró que eso era una buena noticia. “Entonces, ¿cómo explicas esas partículas negras elegantes que rodean mi cuerpo en el tiempo congelado?”

“Sé que no sé,” respondió Alchemo con tono sarcástico.

“No pongas a Sócrates en esto.”

“Cada vez que desarrollo una teoría sobre poderes y Elixires, carne de cañón, tú la invalidas,” se quejó el Genio. “¡Me rindo!”

“Los escáneres de la armadura registran estas partículas de Flujo Negro, pero no sé qué interpretarlo,” admitió Vulcan, frunciendo el ceño con una expresión adorable de frustración. “Siguen cambiando.”

“¿Entonces estas partículas siguen la superposición cuántica?” preguntó Ryan. “¿Los resultados cambian dependiendo del método de observación?”

“No, los datos siguen cambiando después de ser registrados.”

Vulcan giró su portátil en dirección a Ryan, permitiéndole ver la pantalla. Líneas de código y palabras se desplazaban ante sus ojos, de binarias a ternarias, de números a letras y símbolos aún

más extraños.

“Esta sustancia se niega activamente a ser categorizada, y altera la realidad pasivamente cuando insisto,” gruñó Vulcan con molestia. “O bien, has adquirido un segundo poder que falsifica mis datos.”

“Entonces, un poder Azul,” dijo Alchemo, llegando a la conclusión más sencilla.

“Aún no soy daltónico, Zombi,” respondió Ryan. “Puedo distinguir el negro del azul.”

“Nada de esto tiene sentido,” se quejó el cyborg, cada minuto más enojado desde que salieron del refugio. ¿Quizá el estrés le afectaba? Ryan sabía por experiencia que el Genio no tenía una gran fortaleza mental. “¿Una dimensión Paradoja? ¿Una energía que viola activamente el sentido común? ¿Cómo quieres que encuentre lógica en una situación que carece de ella?”

“Si nuestra teoría sobre los Elixires es correcta, entonces esto significa que desarrollaste un vínculo con este Mundo Negro. Quizá incluso un segundo poder,” señaló Vulcan levantando una ceja a Ryan. “¿Qué estás esperando? Pruébalo.”

Ryan detuvo el tiempo, con partículas negras y violetas flotando a su alrededor mientras su otro yo surgía en una esquina. El pobre espectro avanzaba solo unos centímetros por segundo, intentando desesperadamente alcanzar al mensajero.

Ryan miró sus manos, y las manchas negras que giraban a su alrededor, antes de levantarlas hacia Alchemo.

“¡POTENCIA ILIMITADA!” gritó el viajero del tiempo, moviendo los dedos como un loco. “¡POTEN-!”

Y...

Nada ocurrió. Ni relámpagos negros, ni explosiones de antimateria. Ni siquiera la sensación de un poder cósmico ilimitado recorriendo sus venas.

“No, no puedo entenderlo,” dijo Ryan cuando el tiempo volvió a su ritmo normal. Maldita sea, ¿por qué la cara oscura no venía con un manual? “O no tengo un segundo poder, o necesito averiguar qué hace antes de poder usarlo.”

“Decepcionante,” dijo Vulcan, aunque sonaba más juguetona que enojada. “¿Sigues generando partículas sin el revestimiento?”

“No más que yo produzca el Fosforescente Violeta visible sin tu maravilloso traje.” Ryan solo generaba Flujo Negro con la armadura Saturno puesta. “Y tampoco parece que mi poder principal haya mutado, por lo que puedo notar.”

Su capacidad de detener el tiempo funcionaba perfectamente, y su ‘fantasma violeta’ tampoco había cambiado. Por lo tanto, su punto de guardado no debería haberse desplazado en el tiempo, aunque Ryan solo podía comprobarlo reiniciando. No tenía prisa por probarlo aún.

Por lo que él sabía, todo volvería a la normalidad en el próximo guardado, aunque su instinto le decía lo contrario. El Oscuro Supremo podía violar la causalidad, así que la condición de Ryan tenía una oportunidad de mantenerse.

“Entonces, este Flujo Negro funciona en otro nivel distinto a nuestra realidad física,” teorizó Vulcan.

“No me digas que crees en las almas,” gruñó Alchemo. “Pensé que eras una persona racional.”

“Un Genoma como Geist no tiene ADN del cual su Elixir pueda aferrarse, y aún así persiste como un maldito fantasma,” señaló Vulcan. “Algo similar ocurrió con Ghoul, hasta donde sé. Una pena que tu amigo la babosa lo haya matado en su huida, Ryan. Podría habernos ayudado a entenderlo.”

Los restos de Ghoul no se habían levantado después de que Darkling los arrojara, demostrando que incluso los inmortales pueden morir. Ryan no podía evitar preguntarse cómo reaccionaría el Flujo Negro ante un objeto inviolable como el Trasero Relámpago.

El mensajero necesitaba información que ni las bases de datos de Mechron podían ofrecer. Conocimiento del mismo lugar donde quizás encontraría una cura para el síndrome Psi.

Ryan tomaría unas vacaciones de invierno en su próxima ocasión.

Por desgracia, tenían otros asuntos que atender en ese momento, como le recordó Shortie al abrir la puerta de la cabaña con su armadura de poder completa. “Estamos saliendo a la superficie, Riri,” dijo con voz firme y sin ninguna duda. “Es hora.”

“Por fin,” dijo Vulcan, mientras cerraba su portátil. “Es hora de ponerme mi supertraje.”

“Tu inmensa cultura es, con mucho, tu mayor cualidad,” felicitó Ryan a la pequeña Genio, que respondió con una sonrisa sardónica. “¿Entonces, nos acompañas?”

Para su sorpresa, ella negó con la cabeza en señal de rechazo. “Me temo que ese es nuestro punto de separación. Ordenes del jefe. Voy a interrumpir las comunicaciones de Dynamis al salir, eso debería ayudar un poco.”

Ryan no ocultó su decepción. “No dejes que el patriarcado te diga qué hacer, ¡ven a luchar contra el sistema con nosotros!”

“Sí, bueno, me caes bien, pero no tanto como para desobedecer a Augustus por tu causa. Eres un personaje de caricatura de sábado por la mañana, pero ese tipo es más mortal que el Ébola.”

“¿Qué está pasando?” preguntó Len, preocupado. “¿Es sobre el Carnaval?”

Ella temía que el último ciclo de eventos pudiera repetirse.

Desafortunadamente, el apocalipsis de este ciclo sería mucho peor.

“¿No escuchaste esa cosa críptica de conejo en las noticias?” preguntó Vulcan, mientras todos apartaban la mirada. “Resulta que es un robot asesino que se replica solo, y actualmente está atacando nuestra base. Augustus pidió que todos se movilizaran, lo que significa que se están replicando más rápido de lo que él puede matarlos él mismo.”

El enano miró a Ryan con una expresión de complicidad. “¿No tendrías nada que ver con eso, verdad?”

“No...” mintió él. “Quiero gobernar el mundo, no destruirlo.”

Susurró en su antena robótica, como si fueran oídos. “Soy una Genio, pero también soy una genio. Así que no te metas conmigo.”

Dos ciclos tardó en aprender esa lección. “Vas a estar bien, no te preocupes.”

Con su estatura, probablemente los peluches la confundirían con una niña.

—Sí, asegúrate de marcharte después. Me disgustaría que termináramos en bandos opuestos.— Vulcano se levantó de su asiento con una sonrisa, llevando bajo el brazo su portátil.—Lo pasé bien.

—Igual.— respondió el mensajero.

—¿Underdiver?— Vulcano le lanzó una mirada a Len, para sorpresa del tímido Genio.—No pases mucho tiempo con él. Tienes un futuro brillante por delante, pero tengo la sensación de que él vive rápido, muere joven.

—Lo tendré presente.— respondió Len tímidamente, mientras Vulcano abandonaba la habitación con un gesto de indiferencia.

Alchemo esperó a que la exnovia de Ryan desapareciera, para luego dirigirse al propio hombre. —Entonces...¿qué será?—

—Tú y Tea permaneceréis en el submarino, así podremos evacuar rápidamente— explicó Ryan. Si todo salía bien, podrían asaltar el Laboratorio Sesenta y Seis en poco tiempo y escapar antes de que Dynamis pudiera actuar. —Sigue enviando los mapas cerebrales a Livia en nuestra ausencia.—

—Ya envié los que solicitaste, junto con una copia de la estructura molecular de Sarin.— dijo el Genio, sin haber encontrado una solución mejor.—¿Me falta alguno?—

Lo cierto era que sí.

—Eres un idiota, sin cerebro.— Ryan, con su rudeza habitual, hizo que el cyborg se estremeciera.—Pero... he hecho amistades con idiotas antes, y alguien me enseñó a dejar atrás el pasado. A seguir adelante.—

La mensajera luchaba por encontrar las palabras correctas, mientras Len observaba en silencio.

—Lo que hiciste, lo que hizo la otra yo... Dolió. Dolió más de lo que puedas imaginar. Pero, como tú mismo dijiste, ya no eres esa persona. El Alchemo que me traicionó está muerto, y tú sigues vivo. Así que, aunque parezca incorrecto, yo...— Ryan soltó un largo suspiro.—te doy una segunda oportunidad. Envía tu propio mapa cerebral a Livia.—

El cyborg hizo una breve pausa, su rostro inmutable dificultaba adivinar su pensamiento. —Gracias, Ryan.—

—No tendrás otra oportunidad— advirtió el mensajero.—Así que no la desperdicies.—

—No lo haré.— prometió el Genio, haciendo una breve inclinación en señal de despedida.

—¿Es prudente que llevemos tanta gente, Riri?— preguntó Len con preocupación, justo cuando Braindead abandonó la cabina.

—No. Pero prefiero ofrecer una mano, aunque termine en decepción, que quedarme solo para siempre. Livia tiene razón: el miedo y la paranoia no conducen a ningún lado.— Len miró a su mejor amiga en silencio, con la cara oculta tras su casco.—¿Qué?—

—Nada.— mintió, aunque Ryan no insistió en el asunto.—¿Estás lista?—

—¿Y tú?— preguntó Ryan, planteando la pregunta difícil.

—No.— admitió ella.—No, no lo estoy. Pero... no puedo seguir retrasándolo. No hay otra opción.—

—Entonces, déjame ponerme un accesorio y estaré lista para partir.— Ryan buscó en la cabina la última pieza faltante de su atuendo: un poncho de cachemir negro, que inmediatamente cubrió con su armadura.—¿Cómo me veo?—

Len soltó una risita, la cual el mensajero consideró el sonido más hermoso del mundo.—Te ves adorable.

—Hubiera preferido que dijeras temible, pero adorable también está bien. Además, con todos los peluches que hay por aquí, seguro la leporofobia será tendencia en breve.—

Incluso Ryan tuvo que buscar esa palabra en el diccionario.

—Es agradable volver a escuchar tus bromas malas, Riri.— Len dijo, mientras salían de la cabina y atravesaban los estrechos pasillos del submarino.—Últimamente has estado bastante seria.—

—¿Lo notaste?—

—Sí. Normalmente... normalmente haces chistes todo el tiempo, pero ya no tanto. Aunque...

—¿Aunque? —preguntó él.

—Tus sonrisas ahora alcanzan tus ojos. —dijo ella.

Ella lo conocía mejor que nadie. —En realidad, tengo un sentido del humor excelente, muy adelantado a mi tiempo. Pero... Supongo que me resultó más fácil reírme del dolor que llorar por él. Mi existencia eterna ya no se siente dolorosa, especialmente contigo a mi lado. No hay palabras para expresar mi alivio. —susurró ella.

Ella comprendía, sin embargo. Había visto cómo lloraba por primera vez en siglos.

Ryan habría apostado toda su fortuna a que Len sonreía cálidamente tras el casco, y ella levantó su meñique. —Juntos hasta el final, Riri. —dijo ella.

—Hasta el fin, Pequeña —juró Ryan devolviéndole el gesto con su meñique. Ella le había ayudado a revivir, y él devolvería el favor.

El dúo emergió de la submarina Mechron y caminó sobre su carcasa metálica, enfrentándose a una Nueva Roma en llamas.

Su vehículo se había elevado por encima de las aguas al sur del puerto bloqueado, los últimos Meta-Gánsteres habiendo migrado a pequeñas embarcaciones. Desde Rust Town, se escuchaba el estruendo de disparos, láseres y misiles, mientras las tropas corporativas atacaban la búnker.

Toasty y los robots del búnker habían sido desplegados para distraer a las fuerzas de Dynamis, mientras el grupo de Ryan planificaba infiltrarse por la retaguardia de la sede. Si todo salía según lo previsto, todos saldrían con vida de aquel ataque; el mensajero incluso había hecho una copia de la IA de Toasty para garantizar su supervivencia.

Sin embargo, la visión de un sol volador brillando en los cielos contaminados de Rust Town complicaba las cosas.

Al igual que en pasado ciclo, el Carnaval había elegido colaborar con Dynamis. Considerando cómo manejaron la situación en Bloodstream, Ryan se preguntaba si en realidad estaban aliados temporalmente para enfrentar a una amenaza mayor, o si en el fondo había otros intereses en juego.

Para su sorpresa, sin embargo, Nueva Roma aparecía relativamente intacta. Ciertamente, había algunos fuegos aquí y allá, y las alarmas resonaban en la calle para urgir a la gente a mantenerse en casa... Pero esperaba que hubiese más daños colaterales ahora que el peluche había escapado a las calles.

¿Podría... habría llegado a ser más dócil con el tiempo?

Len desestimó rápidamente esa idea, colocando una mano en su brazo y señalando el horizonte con la otra. —Riri, mira. —dijo.

Ryan dirigió la mirada hacia el Monte Augusto, que ahora había quedado blanquecino.

Desde lejos, aquel Olympus en oferta parecía un volcán en erupción. Una marea interminable de piel blanca cubría toda la colina, como un enjambre de enormes ratas que convergían hacia la

cima. Nadie podía distinguir claramente la villa en lo alto, mientras relámpagos escarlata, brazos de agua, láseres y explosiones de energía dispersas iluminaban en todas direcciones. La batalla en tierra parecía un escenario apocalíptico.

La mente frágil de Ryan no lograba entender qué oscuro pensamiento impulsaba al peluche a seguir esa senda de destrucción. Recordaba que el conejito diabólico había desaparecido tras cazar a Acid Rain en el ciclo de Agosto, a quien Augustus había acabado con él. Quizá la criatura buscaba continuar aquella confrontación previa. Tal vez se había aburrido de objetivos indefensos y anhelaba cazar presas más grandes.

O tal vez, simplemente quería hacer que un dios sangrara.

Por suerte, Ryan tuvo la previsión de pedir a Livia que se evacuara a un lugar seguro, porque no había vuelta atrás. El apocalipsis de peluches había comenzado.

¿O Leporimachia? De hecho, habían escalado lo que equivalía a la cima del Olimpo.

—Sea quien sea que gane, la ciudad está condenada —dijo Ryan. Si Zeus de la mafia prevalecía, se enteraría de la presencia de Hargraves con su sangre ya en ebullición y probablemente iniciaría una masacre. Si los peluches triunfaban, recorrerían la colina en una marea de sangre y acabarían con la ciudad. —Lo sé.

“¿Ocurrió esto antes?” preguntó Len, mientras Ryan reía y le lanzaba una mirada nerviosa. “Sí, ocurrió.”

“Es... bueno, ya sabes, en realidad no importa tanto...”

“Riri...”

“Serán doce veces que destruyo el mundo,” confesó Ryan con humildad, mientras Len se tensaba de ira. “Pero juro que no habrá una décimo tercera.”

“¡Señor Presidente!” gritó Frank, librando a Ryan de una conversación sumamente embarazosa. Solo que el gigante no había tomado un pequeño bote debido a su enorme peso, sino que su cabeza asomaba por encima del agua. “¡Estamos listos para irrumpir en México a su orden!”

“Habla por ti,” respondió Mosquito, cargando una botella de sangre artificial. “¿Qué es lo que estamos haciendo en realidad?”

El líder del mundo libre vigilaba a sus tropas en las pequeñas embarcaciones. Hasta ahora, solo unos pocos de sus hombres habían sobrevivido, aunque afortunadamente la mayoría de los elementos más fuertes sí lograron llegar. Sin embargo, a excepción del Agente Frank, que no morirá hasta que hayan perecido todos los enemigos de Estados Unidos, la mayoría de los aliados de Ryan parecía disgustada.

“Lo que estamos haciendo, Mosquito, es escribir historia con sangre,” dijo Ryan levantando su puño cerrado al cielo. “Hoy, Nueva Roma. Mañana, ¡el mundo entero!”

“Yo no me importa el mundo, ¡quiero el jugo!” se quejó Rakshasa. La tierra, ese enano de piedra, emitió un sonido incompleto. De alguna manera, el hombre tigre parecía entenderlo perfectamente. “Sí, ¿por qué abandonamos la fábrica de copias baratas, después de haber sufrido tanto por conseguirla?”

Ryan señaló silenciosamente con un dedo al Monte Augusto.

“Oh,” dijo el hombre tigre, habiendo sido el más afectado por las depredaciones de las peluches. “Sí, eso tiene sentido...”

“Contamos con toda la información necesaria para crear una nueva fábrica, y tenemos suficiente stock en el submarino para durar meses,” continuó Ryan, tratando de tranquilizar a sus hombres.

“¿Entonces, por qué no partimos de inmediato?” preguntó Acid Rain, mordiendo sus dedos. “No estoy... no estoy segura de que buscar otra pelea sea buena idea.”

“Necesitamos al Doctor Tyrano para que desarrolle una cura, y está en la sede,” explicó Ryan. “Lo encontramos, quemamos el Laboratorio Sesenta y Seis, y nos vamos.”

Ese era el mejor escenario posible. El peor implicaría reiniciar, pero Ryan esperaba poder ‘tomar prestado’ al Dr. Tyrano lo suficiente para que desarrollara una cura que los Psicópatas pudieran usar en el próximo ciclo. Incluso podrían trasladarse a la Antártida, escapando de Dynamis y revisando la base del Alquimista al mismo tiempo.

“Jefe, yo... no quiero que me ahoguen, pero los corporativos tienen con ellos al Sol Viviente,” señaló Mosquito, con voz temblorosa y temerosa a pesar de haber ganado musculatura. “Se mueve más rápido que el sonido, y... y puede pelear con Augusto. Yo digo que corremos mientras podamos.”

“Sí, habrá otras oportunidades,” afirmó Mongrel con un asentimiento. “Quiero estar curado, jefe, pero... ¿no podemos esperar una mejor oportunidad—”

Sarin lanzó un pequeño shockwave hacia el cielo, sorprendiendo a todos.

“¿No han aprendido?” dijo, mientras todos la miraban atentamente. “Este tipo... este tipo es un jugador. De los tramposos. De los que siempre ganan.”

La vicepresidenta de Ryan señaló a su superior con el dedo, preparándolo.

“Adam pasó semanas intentando abrir ese búnker, y lo logró en un quince días,” gritó, con una carisma que el mensajero no esperaba de ella. “Adam siempre prometió una cura y nunca la entregó, ¡pero este tipo? ¡Este tipo marca el camino! Dynamis, Augusto, ese maldito Carnaval. Los hizo dar vueltas en círculo, los humilló. ¿Creen que esta vez será diferente?”

“¡Solo el Presidente Ryan puede salvar a Estados Unidos!” rugió Frank.

“¡Exactamente!” dijo Sarin. “Este tipo lleva una bomba nuclear a un tiroteo, ¡y gana sus guerras con un maldito extraterrestre! ¡Este tipo no respeta las reglas! ¡Arruina el juego y sale con la suya! ¿Apostarías contra un tramposo? ¡Pues yo no! ¡Él va a saquear todo el casino, y solo obtendremos una parte si seguimos sus pasos! ¿Dicen que la casa siempre gana? Yo digo que la incendiemos.”

Su audaz discurso silenció a todos por un momento, hasta que Frank rompió el silencio aplaudiendo con las manos por encima del agua. Su aplauso fue pronto acompañado por otros Psíquicos, disipando cualquier duda sobre el régimen.

“Gracias, querida,” agradeció Ryan a su segundo al mando. “Tu fe en mí será recompensada.”

Sarin respondió con lo que podría parecer un encogimiento de hombros. “Recuerda tu promesa, o te perseguiré en tus sueños. Te juro que encontraré una forma de regresar.”

“Juro repetir mi mandato tantas veces como sea necesario para cumplir las promesas de mi campaña,” respondió Ryan. “Mientras la gente me exija mantener el poder, seguiré guiándolos con mi mano de hierro benevolente.”

El casco del submarino se abrió como una caja, emergiendo una plataforma metálica desde su interior. La máquina de Vulcan se erguía orgullosa en el centro, con una preocupada Tea a su lado.

“Vaya, esto es aún peor de lo que pensaba,” dijo Vulcan al notar Monte Augustus.

La Muñeca, mucho más preocupada, se acercó para abrazar a Len. “Cuídate,” susurró. “Rezaré por tu éxito.”

“Si no regreso... si no vuelvo, cuida a los niños,” susurró Len en voz baja para que la Meta no pudiera escuchar. Quizás pensaba que había alguna oportunidad de que Ryan no recargara, por alguna razón. “Ellos... ellos necesitan a alguien.”

“Lo haré,” dijo Tea antes de romper el abrazo, y enseguida se dirigió a sostener a Ryan. “Te apoyaré desde la distancia. No te arriesgues demasiado, ¿vale? Tu vida es lo primero.”

“¿Debería pedirte que no tomes ningún riesgo entonces?”

“Sabemos ambos que no puedes evitarlo,” respondió la androide con sabiduría antes de soltar el abrazo. “No dejes que un edificio se desplome sobre ti otra vez. Esta vez no estaré allí para sacarte.”

“No te preocupes, tomaremos las escaleras.”

El plan de ataque era bastante sencillo. Mosquito llevaría a Ryan y Len para atacar desde arriba, mientras los secuaces asaltaban el edificio desde abajo. La Lluvia Ácida ofrecería cobertura con sus cambios climáticos, La Tierra destruiría la mayoría de los caminos para retrasar refuerzos enemigos, y Frank simplemente abriría paso en el interior. El resto brindaría apoyo.

En cuanto a lo que sucedería una vez que el grupo de Ryan alcanzara el Laboratorio Seis-Seis... sería mayormente improvisado, pero el Presidente confiaba en sí mismo.

“Por favor, cuida de mi gato en mi ausencia,” argumentó el mensajero. “Es una criatura muy valiosa.”

“Hay algo que debes saber,” advirtió Vulcan, preparándose para despegar y reagruparse con su banda. “Mis radares detectaron un aumento de radiación al oeste.”

Radiación. Dynamis recordó la radiación.

Tenía sentido considerando la estrella debilitándose de Hector, pero dificultaría muchísimo la misión.

“¿Cuánto falta para que llegue?” preguntó Ryan a Vulcan.

“Una, dos horas,” respondió ella. “No puedo asegurarlo.”

“Entonces hagamos una nueva Chernóbil,” dijo Ryan, mientras sus hombres se reían. El discurso de Sarín los había infectado con lo que podía parecer valentía.

El mensajero miró hacia la sede de Dynamis en el horizonte. “¡Ya!” Su voz resonó entre la tropa. “¡Venid conmigo y tomad esa torre!”

Un coro de gritos y rugidos fue su respuesta a la proclamación.

Es hora de enterrar esos problemas de padre.